

»enemigos. Excuso tu ignorancia, por-
»que no me conoces aún; pero si per-
»maneces fiel y me sigues, te enseñaré
»á conocerme y me manifestaré á ti.»

Infundia con estas palabras tan gran-
de calma en mi interior, y mi espíritu
se halló en paz tan suma, que desde
aquel momento me determiné á morir
ántes que cambiar. Me parecía entón-
ces que mis lazos estaban rotos y que
nada tenia que temer, pensando que
áun cuando fuese la vida religiosa un
purgatorio, me seria más dulce purifi-
carme en ella el resto de mi vida, que
verme precipitada en el infierno, tan-
tas veces por mis grandes pecados y
resistencias merecido.

Estando, pues, decidida por la vida
religiosa, el divino Esposo de mi alma,
temeroso de que me escapara áun de
sus manos, me pidió que consintiera,
ya que soy débil, en que se apoderase
é hiciese dueño de mi libertad. No puse
obstáculo en dar el consentimiento, y

desde entónces se apoderó tan fuerte-
mente de mi albedrío, que no he goza-
do más de él en todo el resto de mi
vida, y tanto se introdujo en mi co-
razon desde este momento, que, co-
menzando á comprenderle, renové mi
voto. Le dije que, áun cuando me hu-
biese de costar mil vidas, no seria jamás
otra cosa que monja, y me declaré re-
sueitamente á la familia, suplicando se
despidiera á todos los pretendientes,
por ventajosos que fuesen los partidos
que se me presentaran. Viendo esto
mi madre, no lloraba ya en mi presen-
cia; pero lo hacia continuamente de-
lante de todos los que le hablaban del
asunto, los cuales no dejaban de venir
despues á decirme que seria la causa
de su muerte, si la abandonaba, y que
responderia de ello ante Dios, porque
no tenia ella otra persona que la sirvie-
se, y yo lo mismo podia ser religiosa
despues de su muerte que durante su
vida. Uno de mis hermanos me queria

mucho, é hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazón había llegado á ser insensible á todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, aún tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

Me enviaron á casa de uno de mis tíos, que tenía una hija religiosa, la cual sabiendo que yo quería serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinación á la vida de las Ursulinas, le decía: «Considera, que si entro en tu convento, lo haré únicamente por amor tuyo, y lo que yo quiero es ir á uno donde no haya parientes, ni conocidos, á fin de ser religiosa por el amor de mi Dios.» Con todo, como no sabía donde tendría lugar esto, ni qué religion debía abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir aún á sus importunaciones,

tanto más, cuanto que amaba mucho á esta prima y se servía ella de la autoridad de mi tío, á quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decía que me amaba como á una de sus hijas, siendo este el motivo de querer tenerme á su lado. Y jamás quiso ya permitir á mi hermano volverme á llevar á casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona. Mi hermano, el cual todavía no había querido consentir en que fuese religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tío en todo esto, para encerrarme en Santa Úrsula, mal de su grado, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me impelían, hasta queriendo obligarme á entrar, mayor era mi disgusto. Decíame una vez secreta: «No te quiero ahí, sino en Santa María.»

Entretanto no se me dejaba ir á la

Visitacion, aunque habia allí muchas parientas, y se me decian cosas capaces de desanimar á los ánimos más resueltos; pero cuanto más hacian por separarme de ellas, más las amaba y sentia crecer el deseo de entrar en aquel convento á causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba á conocer era esta la religion que buscaba. Y viendo un dia un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigia una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba, sino como á mi buen Padre. Pero no me atrevia á referir nada de esto, y no sabia cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podia verme libre de ellas.

Estando ya á punto de abrirseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obli-

gó á partir inmediatamente para estar á su lado, sin que pudieran impedirme, aunque estaba delicada más que de enfermedad, de pena por verme como forzada á entrar en un convento, adonde creia que no me llamaba Dios. Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver á tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto: baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacia ver que no podia mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que responderia á Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me causaba crueles penas, por el tierno amor que la profesaba, y el demonio se servia de ello para hacerme creer que seria la causa de mi eterna condenacion.

Por otra parte, mi divino Maestro me instaba con tal fuerza á dejarlo todo

para seguirle, que no tenía reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejar-me á su vida de dolores, que cuanto sufría, me parecía nada; por lo cual redoblé mis penitencias. Vez hubo, en que arrojándome á los pies de mi crucifijo, le dije: «Querido Salvador mio, »;cuán feliz sería si imprimierais en mí »vuestra imagen dolorosa!» Y Él me respondió: «Es lo que pretendo, con »tal que no me hagas resistencia y »cooperes por tu parte.» Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me ligaba los dedos é introducía en ellos agujas; y además en cuaresma tomaba todos los días disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelación. Mas por mucho que la prolongase, apenas podía sacar sangre que ofrecer á mi buen Maestro en cambio de la que Él había derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibía, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres días de Carnaval, hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores á Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando á pan y agua, dando á los pobres lo que recibía para mi alimento.

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaria con frecuencia, pues no querían permítirmelo, sino rara vez, y me hubiera creído la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos días, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentía allí con una seguridad tal, que aun siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurría desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunión sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, á causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había

comulgado, ni quisiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar, ¡tan grandes eran la consolacion y la paz de que gozaba! Ocultábame cuanto podia para aprender á amar á mi soberano Bien, el cual tan poderosamente me estimulaba á devolverle amor por amor. Pero no creía poder amarle nunca por mucho que hiciera, si no aprendía á tener oracion, pues no sabia sino lo que Él me habia enseñado, esto es, abandonarme á todos sus santos impulsos, cuando podia encerrarme con Él en algun lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el dia con los criados, y luego á la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto habia hecho, capaz de satisfacer á los que vivian conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podia, en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenia un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar á mi divino Maestro de que temia no poder agradarle en todas mis acciones—en vista del exceso de propia voluntad, pues hacia las mortificaciones á mi gusto, y no era para mí estimable, sino lo practicado por obediencia.—«¡Ay de mí! Señor mio, le decia, dadme alguno que me conduzca á vos.»—«¿No te basto yo?, me respondió, ¿qué temes? Una hija tan amada como tú, ¿podrá perecer entre los brazos de un Padre omnipotente?»

No sabia qué cosa era la direccion; pero tenia gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese á casa un religioso de San Francisco y pasase allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales. Hacia más de quince dias que tenia la mia escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasion, siempre me parecia no haber hecho lo suficiente á causa de mis grandes peca-

dos. Me sentía penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertía lágrimas en abundancia, sino también hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos el estar tan ciega, que no las podía conocer, ni explicar lo enormes que eran. Esta era la causa de escribir cuantas podía encontrar en los libros que tratan de la confesión, poniendo á veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas. Pero decía entre mí: «Quizá las cometí y no lo conozca, ni lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, que sienta la confusión de decirlas, para satisfacer á la divina Justicia.» Bien es verdad, que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas, de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado después por esta clase de confesiones, si mi soberano Maestro no me hubiese

asegurado que todo lo perdonaba á una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesión, en la cual este buen Padre me obligó á pasar muchas hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

Esta confesión me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dió muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenía grandes temores por ser mi natural muy inclinado á ella, y pensaba que todo lo hacía por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, porque temía en gran manera al pecado, que arrojaba á Dios lejos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenía siempre en el mundo, ha-

ciendo ya cuatro ó cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que despues el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que preferia morir á cambiar, me prometió satisfacer mis deseos. En su consecuencia, marchó para tratar la cuestion de mi dote, á verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querian que fuese religiosa en aquel convento. No sabia yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí á la Santísima Virgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, á quien dirigí muchas plegarias. Hice tambien celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome: «Nada temas, tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena Madre.» Tanto me tranquilizaron estas

palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, á pesar de las oposiciones. Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil francos; en ti está el disponer, como te plazca, de tus bienes, porque el asunto no está concluido.» Entónces le dije resueltamente: «Ni se concluirá nunca. Quiero ir á las Hijas de María, á un convento muy lejano, donde no haya ni parientas, ni conocidas, porque no quiero ser religiosa, sino por amor de mi Dios. Quiero abandonar por completo el mundo, ocultándome en cualquier sitio retirado, para olvidarle y ser de él olvidada, y no volver á verle jamás.»

Me propusieron muchos conventos sin poder decidirme por ninguno, pero apenas se nombró á Paray, se dilató de gozo mi corazon, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita á las religiosas, con quienes viví á la edad de ocho años, y tuve que soste-

ner todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perseverar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron á prometer volver á su convento, si salía del otro; porque sabían bien, decían, que jamás podría acostumbrarme á estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, ántes se afirmaba más y más en su resolución diciendo: «Es preciso morir ó vencer.» Pero omito todos los demás combates, que me ví obligada á sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.



III

NOVICIADO DE MARGARITA